

AQUEL ESCRITOR QUE AMASÓ EL

CALICANTO

CON LAS AGUAS DEL APURE Y
DEL SANTO DOMINGO

ÉDINSON PÉREZ CANTOR



Hoy, podrá parecer anacrónico hablar de gentilicios o pertenencia a grupos con rasgos similares, que habitan en algún lugar determinado del planeta, unidos por un pasado y por una literatura también común, como la literatura llanera. La literatura tan antigua y viva, actual siempre, en continua evolución y transformación, en el intento de hallar inéditos caminos y formas de expresión es creación humana, espejo del hombre y su mundo, como testigo de la historia.

En el *Diccionario de la Real Academia Española* (2002), al término Literatura se le asigna atribuciones que emplea la palabra, de manera instrumental, y comprende las obras que tienen elementos estéticos. Por extensión, se refiere también al conjunto de producciones creadas de una nación, una época, un género; y al conjunto de obras inducidas sobre una arte o una ciencia.

De acuerdo con el *Diccionario Internacional de Literatura y Gramática Filosófica* (1999) la Literatura se refiere a los escritos imaginativos o de creación de autores que han hecho de la escritura una forma excelente, para expresar ideas de interés general o permanente.

La identificación del pueblo con una región, con sus raíces, con el quehacer del llanero, crean la concepción e identidad de la Literatura Llanera. En la creación de sus obras, el escritor comparte angustias, penalidades, alegrías, forma de vida, rasgos culturales; de una manera

continúa y sistemática, además del tiempo de convivencia crea fuertes nexos de identificación con el llano y toma conciencia de su existencia. En la Literatura Llanera influyen las duras características del llano, la personalidad del llanero, la cotidianidad de sus labores, la forma de sentir, de pensar y de expresarse; un mundo propio, de horizontes abiertos; porque en ella existe conciencia de una territorialidad que oscila entre lo unificador restrictivo como es la amplitud, la bipolaridad climática, la variedad del ecosistema y lo diferenciador dialéctico.

También hay interdependencia entre lo pautado y lo libre, lo lúdico y lo ceremonial, la sobriedad y el despliegue de capacidades. No es aventurado decir, de acuerdo a lo sugerido por Adolfo Rodríguez (1991) que la parentela del llanero debe localizarse más allá de lo prescrito por la genealogía convencional. Sus progenitores serían la tierra, y sus formas significativas son la sabana, el monte, el río; sus hermanos, los animales, destacándose entre éstos el caballo y la vegetación.

Los escritores que se han inspirado en el llano, tienen un ideario -una ideología- su modo de vida deseable para ellos y una modalidad o forma de producción y correspondientes prácticas políticas, religiosas y culturales. Una interacción que se manifiesta, entre otras relaciones, en las que es posible advertir a simple vista, los tres subsistemas fundamentales que definen el trabajo del llano: el llanero, el caballo y el medio físico. Estos a su vez



actúan recíprocamente con otras culturas, con otros animales y otras topografías, que se le articulan de manera contrastante o complementaria, a cuya reproducción se orientan coherentemente, los rasgos distintivos de la respectiva dinámica sociocultural. Ellos son signos expresivos de una intencionalidad, de un significado y de unos valores pertinentes a la naturaleza utópica de la etnicidad, porque es afirmativa en sí misma y concurrente al proceso permanente de gestación y regeneración.

La mayoría de los autores que han escrito sobre los llaneros, citados por María Romero (2005) en *Historia de los llanos de Venezuela y Colombia* tal como ella lo explica se han propuesto definir esa presunta trilogía de factores que los peculiarizan, al igual a como lo hizo Simón Bolívar, a fin de ponderar su potencialidad bélica, hace referencia a sus lanzas, a sus caballos, a sus desiertos. Rafael Bolívar Coronado (1922) apunta que “sus dioses son la mujer, el caballo y la guitarra”. José Antonio de Armas Chity (1971) dice que: “caballo, res y mujer son los elementos centrales de su mundo”. Esto en cierto modo reproduce lo dicho por Bolívar Coronado. Para Ovalles (1905) “el café, el caballo y la hamaca son los dioses penates -esto es domésticos- del llanero”, opinión que toma de Carlos Palacios (1967) y que Eloy G. González (1906) confiesa compartir.

Rómulo Gallegos (1929) escribe una novela donde el llano juega un papel primordial: *Doña Bárbara*, en la que describe con eficacia la vasta sabana venezolana y la vida primitiva que en ella palpita. *En Cantaclaro* (1934) estructura mitos populares en forma de coplas, canción narrativa con la cual Florentino y el diablo cruzan el umbral de la razón para penetrar los oscuros límites de lo desconocido.

Orlando Araujo (1980) en *Barinas son los ríos, el tabaco y el viento*, demuestra que fue hijo de dos tierras, también fue un hombre de las tierras llaneras barridas por el sol, donde el poeta Alberto Arvelo Torrealba topó con Florentino y el Diablo, con el Santos Luzardo y el Arturo Cova de la copla y la soledad, con el canoero del Caipe y Juan Parao, “el del caballo jerrao con el casquillo al revés”. En José Vicente Abreu se intertextualiza la ficción y la realidad. Narra hechos reales, utiliza el llano como espacio de lo puro frente a lo racional de la cultura occidental; demuestra que la llaneridad gira en torno al mito del hombre como ente natural.

Alberto Arvelo Torrealba, insigne lírico llanero, para él la naturaleza y el paisaje eran primordiales y lo expresa en *Música de cuatro* (1928), *Cantas* (1932) -aquí incluye el

Canoero del Caipe- Glosas al cancionero (1940), *Caminos que andan* (1952), *Florentino y el diablo* (1957). Éste es su poema más conocido, trata de la leyenda de un llanero bien plantado que se enfrenta al diablo en un intenso reto de palabras y adivinanzas. La gran popularidad de sus versos se explica por los temas sacados de la vida, del habitante cotidiano de las llanuras venezolanas y por el uso de formas métricas y estróficas de atractiva sonoridad, de larga tradición popular porque son heredadas de nuestro pasado hispánico como el octosílabo, la copla, la décima, el romance. Comenta Alexis Márquez Rodríguez “como unas conversas entre llaneros rodeados del cantar de los pájaros, Alberto Arvelo Torrealba, universalizó el sentir recio a través de unos versos que crearon imágenes de variada especie y generaron un profundo contenido reflexivo”.

Julia Elena Rial, en el texto *Significado cultural de las coplas insertas en textos narrativos*, plantea que “la herencia cultural llanera necesita de quienes la relaten, la publiquen y la conserven, y; ¿quién mejor que aquel escritor que amasó el calicanto de sus discursos con las aguas del Orinoco y del Apure?” La oralidad, -nos dice- “desde sus orígenes hasta la actualidad habilita cauces para adquirir dimensión literaria; tal como ha sucedido con el insigne escritor barinés José León Tapia. Su obra expresa valores y principios que arropan lo intelectual, lo llanero y lo estético; trayectoria iniciada en 1963 con *Los Años del Olvido* y otros relatos en los que la llaneridad se adueña del camino breve y emotivo, para detallar sucesos no explicitados en la historia oficial. Son formas que liberan el pasado que lo cobija y protege”.

José León Tapia, el creador integral, escribió inspirándose en una geografía horizontal -con sus heridas y sus arrugas- que por azar natural le sirvió para desparramar su verbo inteligente, historiando, contando, fabulando o ficcionando, como un auténtico hortelano de la memoria y de la palabra; maravillándonos con la luz discursiva contenida en su fascinante arte narrativo, rescatando del silencio y de la soledad la miel que simboliza el viaje maravilloso de hombres y momento epocales. Imágenes ausentes por olvido o confusión con otros hechos, ofreciéndonos la cercana o distante historia, leyendo en escenarios encarnados por él.

La narrativa de Tapia constituye un patrimonio del llano venezolano inspirada en la Barinas de sus ancestros y la pertenencia geográfica del llanero, cantándole al paisaje y a las faenas propias del llano. Nos dice José León: “en mis libros escritos en Barinas, recojo la historia, mitos,



Foto: José Ignacio Vielma

leyendas y personajes que representan el alma de mi pueblo, pues allí sólo aparecen vencidos, desposeídos y abandonados por la fortuna, luchadores por la libertad, en mi permanente apego por recoger lo que se hubiera llevado el viento”. Tal vez, por ello algunos aciertan al opinar que Tapia era hijo de las ideas de Zamora y Maisanta.

En el prólogo que José León hace a *Los pozos silenciosos* del poeta Eduardo Alí Rangel, leemos: “...para escribirle a esta tierra barinesa (...), se necesita no sólo haber nacido en ella, sino también padecido la deshumanización progresiva y el deterioro de todos los viejos ancestros. Se necesita, compañero, tener recuerdos, haber acumulado tristezas y sentir muy íntimamente la insatisfacción que produce el diario contacto con la injusticia”.

Su consecuencia con la memoria y sus desencuentros con el olvido hacen que su narrativa sea un tañido acompasado, amadrinando encuentros con la memoria colectiva, develando un espejo atemporal; un legado arraigado en la exhuberancia de sus querencias; un río de miméticas tonalidades, discurriendo con pausada vehemencia hacia un remanso azuloso, acompañando la férrea lealtad de su memoria y el encantamiento de sus sueños.

El demiurgo excelso del arte narrativo que fue Tapia, escribió con devota convicción, recurriendo al arte de imitar la realidad a través de la palabra, como herramienta para escribir y borrar notas a partir de las lecturas que oía atento, por las tardes, en el regazo de la abuela Esther; la “abuela de voz dulce, culta y pausada” en su casa materna, cuando aún era un niño y, de las historias

que le escuchaba al “viejito de los ojos azules”, aquel tío anciano y venerable quien fue edecán de Ezequiel Zamora, sobre la Guerra Federal y Santa Inés. Recuerdos atorados retozando en su memoria y en su conciencia que le permitieron siluetear la arquitectura de su andamiaje narrativo; remembranzas imanes a su muy particular mundo, siempre asediado él por la angustiada necesidad de rescatar sus reminiscencias, la memoria de sus padres, de sus abuelos, de su familia; profanando la sosegada mudez de lo olvidado, deteniendo el tiempo, abrevando en experiencias guerreras y añoranzas libertarias que se pulsan en la largura de la sabana y de la copla, rasgando la excesiva impasibilidad de la desmemoria, iluminando resquicios y miedos, cotejando conflictos con la ingrimitud, la vastedad, la desventura, la injusticia, la épica, la gloria y el lance de la muerte; encarnando una cruzada esclarecedora contra el olvido.

Para José León Tapia “...el llano es y seguirá siendo el refugio del descontento, el refugio de lo que hemos sido siempre; porque el llano, a pesar de toda la transculturización, no se muere nunca; porque queda la nostalgia, el recuerdo, queda la música, queda ese cuento que pasa de padre a hijo para que no se lo lleve el olvido” (*La saga de los Pulido*, 1992).

Referencias bibliográficas:

Diccionario de la Real Academia Española (2002). Editorial Espasa. España.

Diccionario Internacional de Literatura y Gramática Filosófica (1999). Editorial Espasa. España.

Márquez Rodríguez, A. (1966). *Aquellos momentos tersos. Análisis de la poesía de Alberto Arvelo Torrealba*. Editorial Arte. Caracas, Venezuela.

Rial, J. E. (2007). *Significado cultural de las coplas insertas en textos narrativos*. s/c. s/e.

Romero, M. (2005). *Historia de los llanos de Venezuela y Colombia. Orinoquia. Siglo XXI*. Quito: Abyayala.

UNELLEZ. *III Seminario Nacional sobre el Llano y los Llaneros*. Programa de Cultura. Unidad de Investigación sobre el Llano. San Carlos, Venezuela, 29 de mayo al 1 de junio de 1991.